

Y estas son las cuestiones fundamentales: Por qué escribes. Por qué escribes precisamente de esta forma. Te interesa influir en tus lectores y, en tal caso, de qué manera intentas influir en ellos. Qué función cumplen tus relatos. ¿Tachas y corriges constantemente o escribes llevado por la inspiración? Qué se siente al ser un escritor famoso, y cómo repercute eso en tu familia. Por qué describes casi exclusivamente el lado negativo de las cosas. Qué opinas de los demás escritores, quién te ha influido y a quién no puedes soportar. Y, por cierto, ¿cómo te defines a ti mismo? ¿Qué respondes a todos aquellos que te atacan? ¿Cómo te sienta eso? ¿Cómo te afectan esos ataques? ¿Escribes con bolígrafo o a máquina? Y, aproximadamente, ¿cuánto inviertes en cada libro? ¿Extraes el material para tus historias de la imaginación o directamente de la vida? ¿Qué piensa tu ex mujer de los personajes femeninos de tus libros? Y, de hecho, ¿por qué abandonaste a tu primera mujer y también a la segunda? ¿Escribes a horas fijas o solo cuando te visita la musa? ¿Eres un escritor comprometido? Y, en tal caso, ¿con quién? ¿Tus relatos son autobiográficos o confesionales? Y sobre todo, ¿cómo es que siendo artista tu vida privada no es nada tormentosa? ¿Podríamos decir que es una vida privada bas-

tante cuadrículada incluso? ¿O es que aún hay cosas que no sabemos de ti? ¿Y cómo es que un escritor, un artista, lleva toda la vida trabajando de contable? ¿Es solo una forma de ganarte la vida? Y dinos, ¿ser contable no mata completamente a tu musa? ¿O es que tienes otra vida, una vida que no es pública? ¿Accederías a darnos esta tarde al menos algunas pistas sobre este particular? ¿Podrías decirnos, resumiendo y con tus propias palabras, qué querías decir exactamente en tu último libro?

*

Hay respuestas astutas y hay respuestas evasivas. Respuestas sencillas y directas, no.

Por eso el autor se sentará en un pequeño café a tres o cuatro manzanas del centro social dedicado a Shunia Shore donde se celebrará la velada literaria. El espacio del café le resultará agobiante y oscuro, asfixiante, y por tanto, bastante apropiado para él en esos momentos. Se sentará ahí e intentará concentrarse en estas cuestiones (siempre llega a todas partes treinta o cuarenta minutos antes, y tiene que buscar algo que hacer hasta que llega la hora). Una camarera cansada, vestida con una minifalda y sacando pecho, intentará en vano limpiar su mesa con una bayeta: la superficie de formica continuará estando algo pegajosa incluso después de secarla. Quizá la bayeta no estuviera limpia.

El autor observará entre tanto las piernas de la camarera, unas bonitas piernas macizas, aunque con los tobillos ligeramente gruesos. Luego echará un vistazo a su cara, una cara agradable, luminosa, con las cejas juntas y el pelo recogido

con una goma roja. Al autor le llegará un olor a sudor y a jabón, el olor de una mujer cansada. A través de la falda se le marcan las bragas. Sus ojos quedan amarrados ahora a ese contorno insinuado: la ligera asimetría a favor del muslo izquierdo le parece fascinante. Ella advertirá su mirada palpando sus piernas, sus muslos, sus caderas, y suspirará con expresión de asco y de súplica: Basta, por favor, basta ya.

*

Por tanto, el autor apartará educadamente la mirada, pedirá una tortilla, ensalada, pan y un vaso de café, sacará un cigarro de su pitillera y, apagado, se lo pondrá entre los dedos de la mano izquierda que sujetan su mejilla: una expresión abstraída que la camarera no percibe porque ya ha girado sobre los tacones de sus zapatos planos y ha desaparecido detrás del mostrador.

Mientras espera la tortilla, el autor se imagina el primer amor de esa camarera (decide que se llame Riki): cuando apenas tenía dieciséis años se enamoró del portero suplente del grupo Bnei Yehuda, Charlie, que una vez, un día de lluvia, apareció en su Lancia delante del salón de belleza donde ella trabajaba y se la llevó a pasar tres días en un hotel de Eilat (su tío era uno de los socios de ese hotel). Charlie también le regaló en Eilat un elegante vestido de fiesta, como el de una cantante griega, un vestido con lentejuelas de plata y todo, pero al cabo de dos semanas la abandonó y volvió a ese mismo hotel, en esta ocasión con la dama de honor de la reina de los mares. En cambio Riki, durante los ocho años y los cuatro hombres que pasaron por ella desde entonces, no

dejó de soñar que algún día volvería: pasaba por fases en las que parecía como muy enfadado con ella, daba miedo, era peligroso, como si fuese a perder el juicio, y ella estaba aterrada, con un susto de muerte, y entonces, de repente, recuperaba la cordura, la perdonaba, se mostraba contento con ella como un niño, la abrazaba, la llamaba Gogog, la besaba en el cuello, le hacía cosquillas con su cálida respiración, en el colmo de la ternura le abría los labios con la punta de la nariz, lo que producía en su cuerpo una especie de corrientes cálidas como la miel, y de pronto la hacía volar por los aires con fuerza, la hacía volar como un cojín, hasta que ella gritaba mamá, pero siempre la cogía justo en el último momento y la abrazaba, para que no se cayese. Le gustaba hacerle cosquillas con la punta de la lengua, suave y lentamente, durante mucho tiempo, detrás de las orejas y dentro de las orejas y un poco también en la nuca, donde nacen los cabellos más finos, hasta que la miel comenzaba a removerse. Charlie jamás le levantó la mano y jamás la maltrató. Fue el primero que la enseñó a bailar agarrados y a ponerse un minúsculo bikini, y también le enseñó a tumbarse desnuda al sol, boca abajo, a cerrar los ojos, a imaginar todo tipo de azules, y fue el primero que le mostró lo que los pendientes largos con una piedra verde le hacían realmente a su cara y a su cuello.

Pero luego le obligaron a devolver el Lancia, le escayolaron la mano que se le dislocó y volvió a Eilat pero con otra chica, con Lusi, que casi fue elegida reina de los mares, y antes de partir le dijo, mira Gogog, de verdad que lo siento, pero a pesar de todo intenta comprenderme, de hecho Lusi estaba antes que tú, al fin y al cabo Lusi y yo no nos separamos realmente, solo discutimos un poco y de algún modo nos dimos un tiempo, pero ahora sencillamente hemos

vuelto y ya está, y Lusi me ha dicho que te comuniqué que no te guarda ningún rencor, *no hard feelings*, Gogog, ya verás cómo poco a poco, con el tiempo, te irás olvidando de nuestra historia y seguro que encuentras a alguien que te convenga más que yo, porque la verdad es que te mereces a alguien mejor que yo, realmente te mereces lo mejor del mundo. Y lo más importante, Gogog, es que entre nosotros solo quedará un buen sabor de boca.

*

El vestido de lentejuelas griego se lo regaló Riki al final a una prima suya y el minúsculo bikini lo metió en un cajón detrás de la caja de la costura y luego lo olvidó allí: los hombres no pueden hacer otra cosa, es su naturaleza, sencillamente están mal hechos y ya está, aunque, en el fondo, en su opinión las mujeres no son mucho mejores, y por tanto el amor es algo que casi siempre, de una forma u otra, termina mal.

Charlie hace tiempo que ya no está en el grupo Bnei Yehuda. Ahora tiene familia y tres hijos, y una empresa en Jolón que fabrica placas solares, y dicen que incluso exporta gran cantidad de placas a los territorios y a Chipre. ¿Y aquella tal Lusi? ¿La de las piernas delgadas? ¿Qué habrá sido de ella al final? ¿Charlie la habrá tirado también después de usarla? Si tuviera su dirección, o su número de teléfono, y si tuviera valor, la buscaría. Para tomar juntas un café. Para hablar. A lo mejor hasta nos hacíamos amigas. Es extraño que ahora no me importe en absoluto lo que ha sido de él y en cierto modo sí lo que ha sido de ella. En él ya no pienso

nunca, ni siquiera con rencor, y en ella a veces sí que pienso: ¿será porque también ella se ha vuelto un poco como yo? ¿También a ella la llamaría Gogog en la cama? ¿Se reiría y le haría eso entre los labios con la punta de la nariz? ¿Lentamente, con delicadeza, le iría descubriendo junto a ella, con su mano, lo que era su propio cuerpo? Si consiguiera encontrarla tal vez hablaríamos de eso y poco a poco nos haríamos amigas.

Entre un hombre y una mujer la amistad es algo que no trae cuenta: si entre ellos hay una descarga eléctrica, entonces no puede haber amistad. Y si entre ellos no hay una descarga eléctrica, entonces no puede haber nada. Pero entre las mujeres, sobre todo entre dos mujeres que ya han soportado bastante sufrimiento y crueldad de los hombres, y tal vez mucho más entre dos mujeres que han sufrido por el mismo... ¿Tal vez debería intentar encontrar a esa tal Lusi?

*

En la mesa de al lado hay dos señores que no tienen prisa, de unos cincuenta años. El señor importante es fuerte, corpulento y está completamente calvo, parece un colaboracionista de las películas. El hombre insignificante parece deteriorado e incluso gastado, sus modales son bruscos, la expresión de su rostro tiende a colmar de admiración o compasión a todo aquel que lo necesita, y sin miramientos. El autor enciende un cigarro y supone que se trata de un pequeño intermediario o de un proveedor de secadores. Al señor principal el autor lo llama señor León, mientras que el

hombre que se rebaja podría ser Shlomo Hogi. Parece que están charlando sobre el éxito en general.

El colaboracionista dice:

Y además, cuando por fin llegas a algo en la vida, la vida ha terminado.

El señor secundario dice:

Tienes toda la razón, no seré yo quien te lleve la contraria, pero convendrás conmigo en que vivir solo para comer y beber no puede ser la prioridad del hombre. El ser humano necesita tener cierto grado de espiritualidad, ¿cómo se dice en el judaísmo?, ¿tener un poco de plenitud de alma?

Tú, señala el señor importante con frialdad y un ligero hastío, siempre lanzas palabras al aire. Qué digo al aire. A las nubes. Conseguirías explicarte mucho mejor si en vez de hacer eso pusieses algún ejemplo de la vida real.

Vale, es posible, por qué no, toma por ejemplo a Hazzam, el de la compañía Isratex, Ovadia Hazzam, ¿te acuerdas de él?, el que hace dos años ganó medio millón en la lotería y luego se divorció, se escabulló, se mudó de piso, invirtió, repartió créditos sin intereses a todo el que se lo pedía, entró en nuestra fábrica y conspiró para ser elegido jefe de sección. Vivía como un rey. Qué digo como un rey. Como un lord. Al final le diagnosticaron un cáncer de hígado y fue hospitalizado en Ichilov en estado crítico.

El señor León hace una mueca y dice como aburrido:

Claro. Ovadia Hazzam. Estuve en la boda de su hijo. Casualmente tuve la oportunidad de conocer de primera mano y bastante bien el caso de Ovadia Hazzam, gastaba dinero sin tino, tanto en obras de caridad como en diversiones, andaba todo el día por la ciudad en un Buick azul con rubias de Rusia y se pasaba la vida buscando todo tipo de inversores, promotores, créditos, fuentes de financiación, socios.